

COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA PASTORAL LITÚRGICA

MIÉRCOLES DE CENIZA



CATEQUESIS MISTAGÓGICA



¿QUÉ SENTIDO TIENE LA CENIZA?

La ceniza es un sacramental, es decir, un signo sagrado que por intercesión de la Iglesia nos permite obtener una gracia de Dios. Se trata, entonces, de un signo que nos pone en relación con Dios, no de algo para “mostar” a los demás, para que “*lo vea la gente*”; lo que se buscan, más bien, es que “*no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha*”, de manera que “*entres en tu cuarto, cierres la puerta, donde está tu Padre, en lo secreto, y Él, que ve lo secreto, te recompesará*” (cf. Mt 6, 1-18).

La ceniza, más bien, sería el signo de una toma de conciencia marcado por las palabras “Arrepíntete y cree en el Evangelio” o “Recuerda que polvo eres y al polvo has de volver”. Consecuencia de esta toma de conciencia, es el compromiso de conversión. Esta es también la razón por la cual la ceniza se impone en el primer día de la Cuaresma: se está dando inicio a un tipo de arrepentimiento y conversión, que desembocará en la Penitencia sacramental – la confesión – en los últimos días de la Cuaresma, para culminar con la participación sacramental de la muerte y resurrección del Señor en la Pascua.

Este año, en el cual seguimos el ciclo dominical “B”, se nos presenta un itinerario que centra su atención en Cristo y su Pascua. La Palabra de Dios, después de presentarnos las tentaciones del Señor y su Transfiguración (Domingos I y II de Cuaresma), en los siguientes Domingos (Domingos III, IV y V de Cuaresma), nos presenta pasajes donde contemplamos anticipado el Misterio pascual de Cristo: Jesucristo como el templo vivo de Dios gracias a su Encarnación, destruido por los hombres y reedificado en la Resurrección; Jesucristo levantado en la Cruz que tiene su anuncio en la serpiente lavantada por Moisés en el desierto; Jesucristo que es como el grano de trigo que triturado y sepultado en la tierra da frutos abundantes de vida eterna para nosotros. En efecto, en Cristo se cumple todo lo anunciado por los profetas, ya que él es el centro y fin de toda la historia humana (cf. GS 10).

Por lo tanto, aprovechemos la ceniza como un signo que este año especialmente, en medio de la pandemia, nos permita experimentar la presencia del Señor en nuestras vidas, y a la luz de esta presencia, reconocer todas aquellas ocasiones y maneras en que no hemos sabido corresponderle, para entonces reflexionar, a lo largo de estos días cuaresmales, ayudados por la Palabra de Dios, cómo transformar palabras, gestos, acciones, actitudes, para a partir de ahora corresponderle más y mejor.

PREPARACIÓN PARA RECIBIR LA CENIZA

I. ESCUCHAMOS A DIOS QUE NOS HABLA EN SU PALABRA:

PRIMERA LECTURA

Del libro del profeta Joel
2, 12-18

Esto dice el Señor:
“Todavía es tiempo.
Vuélvanse a mí de todo corazón,
con ayunos, con lágrimas y llanto;
enlutan su corazón y no sus vestidos.
Vuélvanse al Señor Dios nuestro,
porque es compasivo y misericordioso,
lento a la cólera, rico en clemencia,
y se commueve ante la desgracia.
Quizá se arrepienta, se compadezca de nosotros
y nos deje una bendición,
que haga posibles las ofrendas y libaciones
al Señor, nuestro Dios.
Toquen la trompeta en Sión, promulguen un ayuno,
convoquen la asamblea, reúnan al pueblo,
santifiquen la reunión, junten a los ancianos,
convoquen a los niños, aun a los niños de pecho.
Que el recién casado deje su alcoba
y su tálamo la recién casada.
Entre el vestíbulo y el altar lloren los sacerdotes,
ministros del Señor, diciendo:
‘Perdona, Señor, perdona a tu pueblo.
No entregues tu heredad a la burla de las naciones.
Que no digan los paganos: ¿Dónde está el Dios de Israel?’ ”
Y el Señor se llenó de celo por su tierra
y tuvo piedad de su pueblo.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del Salmo 50

R. Misericordia, Señor, hemos pecado.

Por tu inmensa compasión y misericordia,
Señor, apiádate de mí y olvida mis ofensas.
Lávame bien de todos mis delitos,
y purifícame de mis pecados. **R.**

Puesto que reconozco mis culpas,
tengo siempre presentes mis pecados.
Contra ti sólo pequé, Señor,
haciendo lo que a tus ojos era malo. **R.**

Crea en mí, Señor, un corazón puro,
un espíritu nuevo para cumplir tus mandamientos.
No me arrojes, Señor, lejos de ti,
ni retires de mí tu santo espíritu. **R.**

Devuélveme tu salvación, que regocija
y mantén en mí un alma generosa.
Señor, abre mis labios,
y cantará mi boca tu alabanza. **R.**

SEGUNDA LECTURA

De la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios
5, 20 – 6, 2

Hermanos: Somos embajadores de Cristo, y por nuestro medio, es como si Dios mismo los exhortara a ustedes. En nombre de Cristo les pedimos que se dejen reconciliar con Dios. Al que nunca cometió pecado, Dios lo hizo “pecado” por nosotros, para que, unidos a él, recibamos la salvación de Dios y nos volvamos justos y santos.

Como colaboradores que somos de Dios, los exhortamos a no echar su gracia en saco roto. Porque el Señor dice: *En el tiempo favorable te escuché y en el día de la salvación te socorri*. Pues bien, ahora es el tiempo favorable; ahora es el día de la salvación.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO

R. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Hagámosle caso al Señor, que nos dice:
“No endurezcan su corazón”.

R. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

EVANGELIO

 Del santo Evangelio según san Marcos
6, 1-6. 16-18

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “Tengan cuidado de no practicar sus obras de piedad delante de los hombres para que los vean. De lo contrario, no tendrán recompensa con su Padre celestial.

Por lo tanto, cuando des limosna, no lo anuncies con trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, para que los alaben los hombres. Yo les aseguro que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio, cuando des limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha, para que tu limosna quede en secreto; y tu Padre, que ve lo secreto, te recompensará.

Cuando ustedes hagan oración, no sean como los hipócritas, a quienes les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vea la gente. Yo les aseguro que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora ante tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve lo secreto, te recompensará.

Cuando ustedes ayunen, no pongan cara triste, como esos hipócritas que descuidan la apariencia de su rostro, para que la gente note que están ayunando. Yo les aseguro que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que no sepa la gente que estás ayunando, sino tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve lo secreto, te recompensará”.

Palabra del Señor.

II. MEDITAMOS LO QUE HEMOS ESCUCHADO:

1. El apóstol san Pablo nos recuerda que estamos iniciando un tiempo de gracia, un tiempo favorable y, por lo tanto, nos exhorta a dejarnos reconciliar con Dios.
2. La aclamación antes del Evangelio nos da una clave importante: hay que escuchar al Señor y no endurecer nuestro corazón.
3. Así, en el Evangelio, centro y culmen de la Palabra de Dios, el Señor nos enseña cómo vivir este tiempo de gracia, recordándonos que en lo que hacemos, incluyendo las prácticas religiosas, corremos el riesgo de perder de vista cuál es su sentido: ponernos en relación con Dios a través de la limosna, de la oración y del ayuno; de modo que podemos quedarnos solamente cumpliendo con ritos o prácticas, pero donde solo estamos buscando un reconocimiento, un apparentar.
4. El profeta Joel, en consecuencia, nos recuerda que las prácticas externas tendrán sentido solo si corresponden y manifiestan una transformación interior, una conversión desde lo más profundo de nuestro ser, que, por lo tanto, toca nuestros pensamientos, palabras y obras.
5. Tomando conciencia de lo anterior, el Salmo 50 nos da las palabras para acercarnos y pedir perdón al Señor de todo corazón.

III. A LA LUZ DE LO ANTERIOR, SOMOS INVITADOS A ORAR:

- + con la oración colecta pedimos a Dios que la Cuaresma que estamos iniciando con el ayuno, sea también el inicio de una verdadera conversión de nuestra vida a él
- + para ello, le pedimos también que nuestros actos de penitencia sean verdaderamente para nosotros los medios con los cuales vayamos actuando esa conversión que significa vencer en nuestras propias vidas al que busca siempre alejarnos de Dios

IV. CONTÉMPLAMOS CÓMO SE REALIZA EN NUESTRA VIDA LO QUE HEMOS ESCUCHADO, MEDITADO Y ORADO:

Cuando hablamos de actos de penitencia, esencial pero no exclusivamente nos referimos a tres:

A. AYUNO:

- + La experiencia cotidiana nos parece indicar que apenas contamos con lo necesario, que nuestra vida “pende de un hilo”: si me quitan un poco de dinero, ya no podré seguir adelante, si me quitan a esa persona ya no podré seguir viviendo, si pierdo tal cosa no será posible continuar...
- + Cuando ayuno – haciendo una única comida normal durante la jornada, pudiendo tomar un poco de alimento en la mañana y al atardecer – efectivamente voy a sentir hambre; sin embargo, me daré cuenta de que, a pesar de sentir hambre, puedo realizar todas las mismas labores y actividades que normalmente tendría que realizar.
- + Es decir, me deja descubrir que, de inicio, cuento con más comida que solo la necesaria para vivir, que puedo comer menos y mi vida no se acaba; por extensión, puedo voltear la mirada al resto de mi vida y descubrir que en ella hay más que solo lo necesario para vivir.
- + Me doy cuenta de que, a pesar de que no me había dado cuenta y sentía que Dios no se acordaba de mí y me tenía abandonado, en realidad el Señor me ha bendecido y lo ha hecho abundantemente, aunque haya tanto más que yo desearía tener o conservar.

B. OFACCIÓN:

- + Habiendo hecho esta experiencia del ayuno, puedo sentirme profundamente agradecido con el Señor, que tanto me ha amado, y orar: agradeciéndole por lo que ahora me doy cuenta que ha hecho por mí; pidiendo su perdón porque me doy cuenta que no siempre he sabido aprovecharlo, que incluso he llegado a desperdiciarlo o despreciarlo; orando para que, de ahora en adelante, pueda yo ver, valorar y aprovechar todo lo que me da.

C. LIMOSNA:

- + Finalmente, y como consecuencia de lo anterior, tomando conciencia de la sobreabundante bendición de Dios, material y espiritualmente, y sabiendo que es él quien cada día me prové del “pan nuestro de cada día”, no me siento ya preocupado por tener que procurarme yo mi propia vida, por guardar celosamente lo mío para no perderlo, sino que que puedo compartir lo mismo con lo que Dios me ha bendecido a mí, material y espiritualmente; así, dándome cuenta que del mismo modo que otros han sido los instrumentos de Dios para bendecirme, a mí me toca hacer otro tanto.

LA CELEBRACIÓN

La reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II – según el espíritu que la guió – evitó entrar en los detalles acerca de la modalidad del gesto de la ceniza, dejando gran apertura a la elección y la oportunidad de realizarla: en la cabeza o en la frente. Solo el Ceremonial de los Obispos parece suponer, al menos para el clero, que la ceniza se imponga sobre la cabeza, quienes la recibían en la zona de la tonsura (*cf.* Ceremonial de los Obispos, 257).

Hemos comprendido también que no se trata de un signo para enseñar a los demás, para que se den cuenta de que “ya cumplí”, de que “sí fui”; sino de un compromiso de arrepentimiento y conversión personal con Dios: es él, mi Padre que ve lo secreto, el único que tiene que verlo.

Este año, además, nos encontramos en una situación especial por la pandemia que está provocando enfermedad y muerte, y por eso es necesario, incluso en este signo, cuidarnos y cuidar a los demás. Por eso, la Santa Sede, para este año en particular, nos ha dado instrucciones para recibir la ceniza:

1. El sacerdote bendecirá la ceniza, como siempre se hace.
2. Dirá una sola vez para todos los presentes: “Conviértanse y crean en el Evangelio” o bien “Recuerda que eres polvo y al polvo volverás”.
3. Luego, se acercará los fieles y dejará caer la ceniza **sobre** la cabeza de cada fiel, sin decir nada.
4. Mientras tanto, oraremos a Dios, posiblemente cantando o recitando alguna antífona o responsorio.

Preparémonos diligentemente para iniciar el tiempo santo de la Cuaresma aprovechando el profundo significado del signo de la ceniza.

erra, propicio, Señor Dios,
tu espíritu de arrepentimiento
sobre quienes se inclinan ante tu majestad,
y que merezcan obtener, por tu misericordia,
el premio prometido a los que hacen penitencia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.